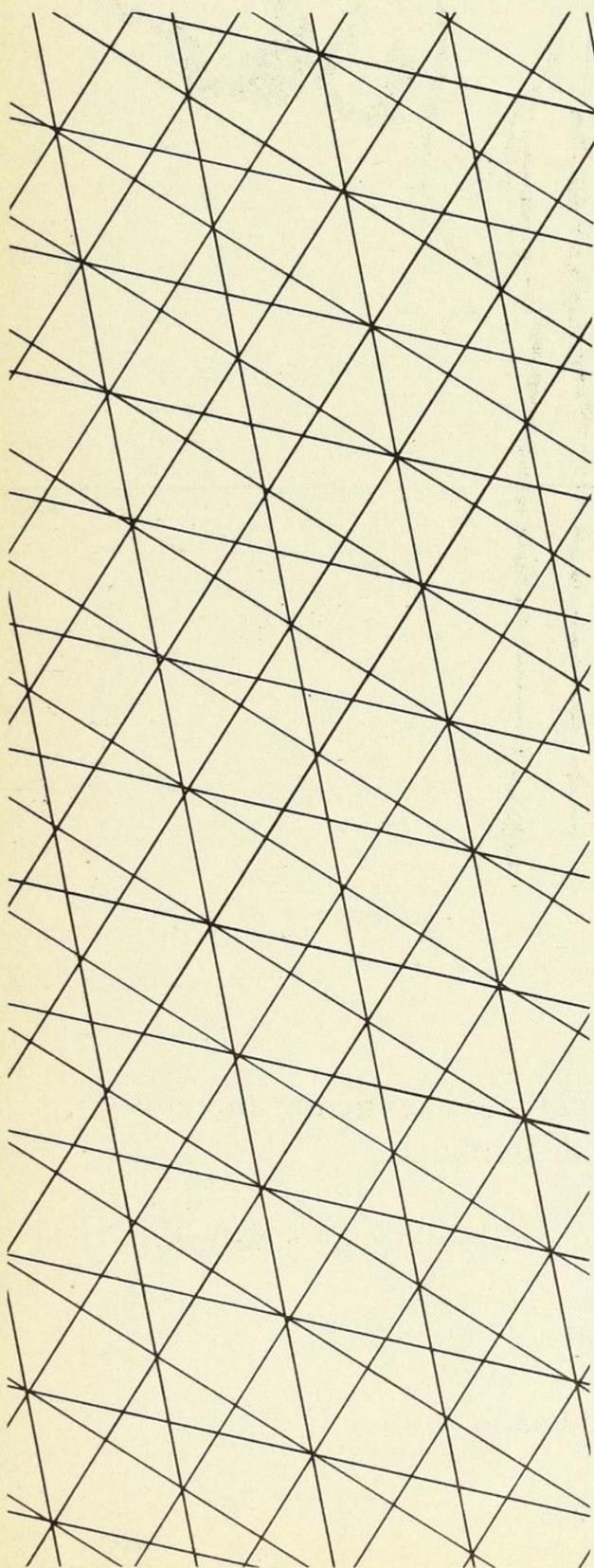


LAS MUJERES Y LA ENERGIA NUCLEAR

CHERNOBIL: UNA INTRODUCCION COMPULSIVA A LA CULTURA NUCLEAR.

Dora Cardaci



Se estima que hay 375 plantas nucleares comerciales operando en el mundo. Desde que en 1954 se puso en funcionamiento la primera en la Unión Soviética ha estado presente el riesgo de un accidente nuclear. Uno de los que alcanzaron mayor notoriedad en los últimos años fue el que se produjo en marzo de 1979 en uno de los tres reactores de la central de Three Mile Island, en los Estados Unidos.

Siete años después de este episodio, el 26 de abril de 1986, en la planta nuclear de Chernobil, a ochenta millas de Kiev, en la Unión Soviética, habría de ocurrir lo que la revista norteamericana Time denominó "la más grave crisis de los complicados 32 años de historia de la energía atómica con fines comerciales".¹

Las primeras informaciones respondieron a la inquietud que habían despertado los altos y anormales niveles de radiación registrados en la central nuclear de Forsmark, Suecia, en la mañana del 28 de abril.

Una vez que los técnicos suecos descartaron la posibilidad de que las radiaciones tuviesen origen en su propio territorio, se comenzó a manejar la hipótesis de que provenían de la Unión Soviética pues las corrientes de aire presentes en ese momento partían desde el Mar Negro, atravesaban Ucrania y alcanzaban finalmente la península escandinava. A las 9 de la noche de ese mismo lunes, se informaba brevemente desde Moscú que había tenido lugar un accidente en la planta de Chernobil y que uno de los cuatro reactores RBMK-1000 estaba dañado. Se señalaba además que los afectados estaban recibiendo asistencia y que se habían tomado medidas para eliminar las consecuencias de este suceso.

El saldo de este episodio es desolador: aunque no se conoce aún el número de muertes, se sabe que miles de personas fueron atendidas por los daños que ocasionaron a su salud los altos niveles de radiación recibidos y que vastos grupos de población debieron ser evacuados de la región. Gases y partículas radioactivas se expandieron sobre una extensa zona de Ucrania, los núcleos que abastecían de agua a los más de seis millones de habitantes del área de Kiev resultaron contaminados.

(1) "Deadly Meltdown", Time 12 de mayo de 1986, p.7

En las primeras horas del desastre, yodo, cesio y otras emisiones radioactivas fueron liberadas a la atmósfera. Un amplio radio de tierras circundantes a la planta serán inutilizables por generaciones pues se ha contaminado severamente con cesio 137 y estroncio 90, dos partículas radioactivas de permanencia muy prolongada. Estas sustancias y el yodo 131 generarán no sólo en el corto sino también en el largo plazo, problemas a las personas, suelos y animales.

Numerosos científicos señalaron en su momento que los pobladores expuestos a dosis extremas de radiación tenían altas posibilidades de sufrir hemorragias cerebrales, náusea, vómitos y finalmente la muerte en un tiempo muy breve. Los riesgos para los que habitaban a 60 millas o más van desde la probabilidad de que aumenten las muertes por leucemia y otros tipos de cáncer durante los próximos treinta años, hasta que sufran daños menores.

Por la acción de los vientos, la nube radioactiva se fue moviendo en diversas áreas del territorio soviético pero además se desplazó hacia el norte, la península escandinava, Europa oriental y las costas del mediterráneo llevando la posibilidad de contaminación a numerosos países.

Hasta aquí, la descripción del accidente. Las repercusiones de esta situación en la vida cotidiana, forma parte de una historia paralela a la cual no se ha prestado, tal vez, suficiente atención.

En el caso de Italia (uno de los países alcanzados por la "nube maldita"), la manifestación anti-nuclear convocada por las feministas romanas permitió conocer algunos fragmentos de esta problemática a través del interesante debate suscitado alrededor de la significación particular que tenía el desastre de Chernobil en la vida de las mujeres y acerca del momento por el que atraviesa el movimiento feminista italiano.*

La desinformación a la que estuvo sometida la gente en las semanas posteriores al accidente nuclear** se percibe a través de algunas alusiones en los artículos que forman parte de la citada polémica.

No consumir verduras de hoja, lavar frutas y vegetales con sumo cuidado, no suministrar leche fresca a niños y embarazadas, comprar leche de larga duración prestando atención a la fecha en que fue envasada, evitar la ingestión de carne por la concentración de cesio en el forraje, matar los conejos y enterrarlos en fosa común, limpiarse los pies antes de entrar a la casa, tratar de no exponerse a la lluvia, ingerir soluciones de yodo, evitar que los niños jueguen en los areneros. . .

Decenas de prohibiciones y sugerencias fundamentadas o no se difundían por los canales de información oficiales y eran aceptadas o discutidas por esa misma vía y a través de otros medios que inspiraban más confianza: los amigos, parientes, vecinos, el médico de cabecera.

Sin embargo, el tema nuclear tuvo la capacidad de volver neófito al grueso de la población, tan crípticos e inaccesibles son este tipo de saber y el núcleo de científicos que acceden a él.

En este contexto, se iba produciendo un caótico y abrupto intento de iniciación colectiva en la comprensión de lo que estaba pasando: se hacían esfuerzos por acceder al obscuro mundo de la medición en nanocuries (cualquier parecido con nuestros IMECAS. . .), de los efectos prolongados de metales como el cesio y el estroncio, temas en los que la gente no se había interesado nunca con tanta avidez.

Pero la introducción acelerada a la cultura nuclear no impedía que se cayese en la impotencia más absoluta.

* Este debate se desarrolló en las páginas del periódico *Il Manifesto* y se han traducido los ocho artículos centrales del mismo.

** En Italia, los primeros datos sobre las concentraciones de cesio 137 y estroncio 90 en hortalizas y leches fueron dados a conocer oficialmente por el ENEA en la prensa el 23 de mayo.



Fotografía: Graciela Iturbide